

Esta es una pequeña muestra del libro
Batalla contra la incredulidad.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

BATALLA
CONTRA LA
INCREDULIDAD

BATALLA
CONTRA LA
INCREDULIDAD

DERROTA EL PECADO

con un PLACER SUPERIOR

JOHN PIPER



Mientras lees, comparte con otros en redes usando:

#BatallaIncredulidad

Batalla contra la incredulidad

Derrota el pecado con un placer superior

John Piper

© 2026 por Poiema Publicaciones

Traducido y publicado con su debido permiso del libro *Battling Unbelief: Defeating Sin with Superior Pleasure* © 2007, 2026 por Crossway; 1300 Crescent Street Wheaton, Illinois 60187, U.S.A.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005 por The Lockman Foundation; las citas marcadas con la sigla NVI han sido tomadas de La Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional* © 1999, 2015, 2022 por Biblica, Inc.; las citas marcadas con la sigla RVC han sido tomadas de La Santa Biblia, *Reina Valera Contemporánea* © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas; las citas marcadas con la sigla NTV han sido tomadas de La Santa Biblia, *Nueva Traducción Viviente* © 2010 por Tyndale House Foundation; las citas marcadas con la sigla RVR77 han sido tomadas de La Santa Biblia, *Reina Valera Revisada* © 2017 por Harper Collins Christian Publishing; las citas marcadas con la sigla PDT han sido tomadas de La Santa Biblia, *Palabra de Dios para Todos* © 2005, 2015 por Bible League International. Usadas con permiso. Todas las cursivas en los textos bíblicos son énfasis del autor.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-95-0

SDG

A

Ruth Eulalia Piper (1918–1974)

*Que su memoria sea honrada en la santidad
de sus herederos.*

Contenido

Introducción 9

1. Batalla contra la ansiedad 21
2. Batalla contra el orgullo 39
3. Batalla contra la vergüenza inapropiada 59
4. Batalla contra la impaciencia 73
5. Batalla contra la codicia 91
6. Batalla contra la amargura 105
7. Batalla contra el abatimiento 121
8. Batalla contra la lujuria 137

Conclusión 153

Notas 161

Índice de las Escrituras 169

Introducción

EN SU LIBRO *TO END ALL WARS* [*Para acabar con todas las guerras*], Ernest Gordon cuenta la historia real de un grupo de prisioneros de guerra que trabajaban en el ferrocarril de Birmania durante la Segunda Guerra Mundial. La escena se volvió aún más inolvidable debido a la película con el mismo título.

El trabajo del día había terminado; contaban las herramientas, como de costumbre. Cuando estaban a punto de retirarse, el guardia japonés gritó que faltaba una pala. Insistió en que alguien la había robado para venderla a los tailandeses. Al caminar de un lado a otro frente a los hombres, despotricó y los acusó por su maldad y, lo más imperdonable de todo, por su ingratitud hacia el emperador. Mientras deliraba, se enardeció hasta llegar a una furia paranoica. A los gritos en un inglés entrecortado, exigió que el culpable diera un paso al frente para recibir su castigo. Nadie se movió; la rabia del guardia alcanzó nuevos niveles de violencia.

“¡Todos morirán! ¡Todos morirán!”, gritó.

Para demostrar que hablaba en serio, amartilló el rifle, se lo puso al hombro y miró a través de la mira, listo para disparar al primer hombre que estuviera al final de ella.

En ese momento, el soldado del regimiento Argyll [Highlander] dio un paso al frente, se puso en posición de firmes con rigidez y dijo con calma: “Fui yo”.

El guardia desató todo su odio contenido; pateó al prisionero indefenso y lo golpeó con los puños. Aun así, el soldado de Argyll se mantuvo rígidamente en posición de firmes, mientras la sangre le corría por el rostro. Su silencio provocó en el guardia una rabia desmedida. Tomó el rifle por el cañón, lo levantó por encima de la cabeza y, con un aullido final, lo descargó sobre el cráneo del soldado, quien se desplomó sin fuerzas en el suelo y no se movió. Aunque era evidente que estaba muerto, el guardia continuó con los golpes y solo se detuvo al quedar exhausto.

Los hombres del grupo de trabajo recogieron el cuerpo de su compañero, se echaron las herramientas al hombro y marcharon de regreso al campamento. Cuando volvieron a contar las herramientas en la caseta de guardia, no faltaba ninguna pala.¹

El guardia había contado mal. El joven soldado que dio un paso al frente no había robado una pala. Había dado su vida por sus amigos.

¿Qué acaba de suceder? ¿Mera devoción al deber?

Hay más de una manera de elogiar el sacrificio de este joven. Una sería decir: “Ese es el tipo de devoción al deber que más necesitamos en esta época de egocentrismo y cobardía”. Otra sería

decir, como yo lo diría: “Ese es el tipo de amor que libera la *fe en la gracia venidera*. Necesitamos mucho más de ese tipo de amor en esta época de egocentrismo y cobardía”.

Estas dos maneras de elogiar ese sacrificio no están necesariamente en conflicto. Pero podrían estarlo. La primera habla de un tipo de “devoción al deber”. La segunda habla del poder transformador de la fe en las promesas de Dios. Al contrastar ambas, debemos preguntar: “¿Qué tipo de deber era?”. Esa es la pregunta crucial. La acción externa no cuenta la historia decisiva. ¿Qué sucedía en el corazón de este hombre hacia Dios y los demás? La Biblia nos advierte que las personas pueden sacrificar sus vidas, pero no amar a otros ni a Dios: “si diera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y *si entregara mi cuerpo para ser quemado*, pero no tengo amor, de nada me aprovecha” (1Co 13:3). Cuando el apóstol Pablo dijo esto, quería decir que hay un tipo de “devoción al deber” que Dios no honra. No sirve de nada.

Eso puede parecer extraño, ya que Jesús mismo dijo: “Nadie tiene un amor mayor que este: que uno dé su vida por sus amigos” (Jn 15:13). Sí, eso es lo que hace el gran amor. Da su vida. Pero que ese acto sea verdaderamente amoroso depende de lo que suceda en el corazón, no solo de la acción externa.

El fruto de la fe en la gracia venidera

Otra manera de describir el sacrificio del joven soldado es decir que la fe en la gracia venidera brotó de su corazón y le dio el amor y el valor para dar su vida por sus amigos. Pudo haber pensado en un instante: *Jesús, moriste por mí. Mis pecados están perdonados. Tengo vida eterna. Te amo. Eres mi mayor tesoro. Anhe-lo estar contigo. Algunos de mis amigos no están listos para morir. Yo sí. Para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia. Allá voy*. Tal vez

le tomó quince segundos recordar lo que Cristo había hecho por él y lo que eso significaba para su futuro después de la muerte. Luego, sostenido por su fe en las promesas de Dios, dio un paso al frente y murió. Este es el fruto de la fe en la gracia venidera.

La diferencia entre el sacrificio que proviene de la pura devoción al deber y el sacrificio que proviene de la fe en la gracia venidera de Dios es que el primero resalta mi firme determinación, mientras que el segundo resalta la gloria de la gracia de Dios. El propósito de este libro es magnificar el valor de Cristo al alimentar la fe en la gracia venidera y ayudar a los cristianos a combatir lo opuesto, es decir, la incredulidad en las promesas de Dios que lleva al pecado que deshonra a Cristo.

Cómo surgió este libro

Los ocho capítulos siguientes se extrajeron de un libro mucho más extenso titulado *Gracia venidera: el poder purificador de las promesas de Dios*.² Estos son los capítulos de aplicación, los que de hecho ilustran cómo la fe en la gracia venidera corta la raíz del pecado y libera la corriente de amor. Nos enfocamos en el desafío muy práctico de cómo liberarnos de la ansiedad, el orgullo, la vergüenza inapropiada, la impaciencia, la codicia, la amargura, el abatimiento y la lujuria. Estoy convencido de que la incredulidad en las promesas de Dios, es decir, en la “gracia venidera”, es la raíz que sostiene la vida de estos pecados. De ahí el título, *Batalla contra la incredulidad*.

Es un riesgo publicar estos ocho capítulos sin los veintitrés que los rodean y explican los fundamentos y las implicaciones que se encuentran en el libro *Gracia venidera*. Pero creo que vale la pena el riesgo. Muchas personas van de la aplicación al fundamento en lugar de hacerlo al revés. Por tanto, tengo la esperanza

de que descubrir en este libro más breve algunas de las maneras en que la fe obra para liberarnos del pecado enviará a muchos lectores a la obra más extensa para obtener una comprensión bíblica más profunda.

Batallamos por la fe en la gracia venidera

“Batallar contra la incredulidad” es otra forma de decir “Vivir por fe en la gracia venidera”. La “incredulidad” que tengo en mente es la falta de confianza en las promesas de Dios que sostienen nuestra obediencia radical en el futuro. Estas promesas se refieren a lo que Dios planea hacer por nosotros en el futuro, y a eso me refiero con “gracia venidera”. Es *gracia* porque es buena para nosotros y totalmente inmerecida. Y es *futura* porque aún no nos ha sucedido, pero puede suceder en los próximos cinco segundos o en los próximos cinco mil años.

Para el cristiano, las promesas de Dios son espectaculares. Se relacionan con nuestro futuro inmediato, antes de que termine este minuto, y con nuestro futuro eterno:

Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán
todos los días de mi vida (Sal 23:6).

Nada bueno niega
a los que andan en integridad (Sal 84:11).

Yo soy tu Dios.
Te fortaleceré, ciertamente te ayudaré,
Sí, te sostendré con la diestra de Mi justicia (Is 41:10).

Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo (Mt 28:20).

[El] Padre de ustedes ha decidido darles el reino (Lc 12:32).

Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a Su propósito (Ro 8:28).

[Ni] la muerte, ni la vida [...] ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Ro 8:38-39).

[...] todo es de ustedes: [...] el mundo, o la vida, o la muerte, o lo presente, o lo por venir, todo es suyo, y ustedes de Cristo, y Cristo de Dios (1Co 3:21-23).

Y mi Dios proveerá a todas sus necesidades, conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús (Fil 4:19).

Estas y cientos de promesas más están allí en la Biblia para sostener nuestra fe en la gracia venidera de Dios. El regalo supremo al final de todas ellas es Dios mismo. Cristo no murió principalmente para que nos vaya bien en las cosas, sino para llevarnos a Dios:

Yo dije al SEÑOR: “Tú eres mi Señor;
Ningún bien tengo fuera de Ti” (Sal 16:2).

¿A quién tengo yo en los cielos sino a *Ti*?
Fuera de *Ti*, nada deseo en la tierra (Sal 73:25).

[Yo] estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a *Cristo Jesús, mi Señor* (Fil 3:8).

Cristo murió por los pecados una sola vez, el justo por los injustos, *para llevarnos a Dios* (1P 3:18).

Jesús ora: “Padre, quiero que los que me has dado, estén también conmigo donde Yo estoy, para que *vean Mi gloria*” (Jn 17:24). El regalo final, supremo, más alto y más satisfactorio de la gracia verdadera es ver y saborear a Dios mismo.³

Aprender a combatir el fuego con fuego

Estar satisfechos con todo lo que Dios promete ser para nosotros en Jesucristo es la esencia de la fe en la gracia verdadera. Ten en cuenta que cuando hablo de la fe en la gracia verdadera o de la satisfacción en lo que Dios promete ser para nosotros, doy por sentado que una parte esencial de esa fe y de esa satisfacción es abrazar a Cristo como el sustituto que cargó con nuestro pecado, cuya perfecta obediencia a Dios se nos imputa mediante la fe. En otras palabras, la fe en la gracia verdadera abraza la *base* de todas las promesas así como las promesas mismas. Atesora a Cristo como Aquel cuya sangre y justicia proveen el fundamento para toda la gracia verdadera. Y atesora todo lo que Dios promete ser ahora para nosotros en Cristo debido a esa obra fundamental. Cada vez que hablo de la fe como el estar satisfechos con todo lo que Dios es para nosotros en Jesús, incluyo todo esto en esa fe.

Esta fe es el poder que corta la raíz del pecado. El pecado tiene poder debido a las promesas que nos hace. Habla así: “Si mientes en tu declaración de impuestos, tendrás dinero extra para conseguir lo que te hará más feliz”. “Si miras pornografía, sentirás un placer tan intenso que supera los gozos de una conciencia limpia”. “Si comes estas galletas cuando nadie te ve, suavizará tu sensación de dolor y te ayudará a sobrellevarlo mejor que cualquier otra cosa en este momento”. Nadie peca por obligación. Pecamos porque creemos las promesas engañosas que nos hace el pecado. La Biblia nos advierte diciéndonos que ninguno de nosotros “sea endurecido por el *engaño* del pecado” (Heb 3:13). Las promesas del pecado son mentiras.

Batallar contra la incredulidad y pelear por la fe en la gracia venidera significa que combatimos el fuego con fuego. Contrarrestamos las promesas del pecado con las promesas superiores de Dios. Nos aferramos a alguna gran promesa que Dios ha hecho sobre nuestro futuro y le decimos a un pecado en particular: “¡Iguala eso!”. De esta manera, hacemos lo que Pablo dijo en Romanos 8:13: “por el Espíritu [hagan] morir las obras de la carne”. John Owen escribió un libro sobre ese versículo y lo resumió diciendo: “Mata el pecado o el pecado te matará a ti”.⁴ Matamos las obras pecaminosas antes de que ocurran al cortar la raíz de su vida: las mentiras del pecado.

Hacer esto “por el Espíritu” significa que confiamos en el poder del Espíritu y luego empuñamos la “espada del Espíritu que es la palabra de Dios” (Ef 6:17). La “palabra de Dios” es, en su núcleo, el evangelio, y luego todo lo que Dios ha hablado en Su Palabra revelada. El evangelio de la muerte y resurrección de Cristo no solo es el núcleo, sino también el fundamento de todas las promesas de Dios. Ese es el punto de la lógica de

Romanos 8:32: “El que no negó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también junto con Él todas las cosas?”. “Todas las cosas” que necesitamos (el cumplimiento de todas las promesas de Dios) están garantizadas porque el Padre no negó a Su Hijo. O para decirlo de manera positiva, todas las promesas de Dios están aseguradas para nosotros porque Dios envió a Su Hijo a vivir y morir para cancelar nuestros pecados y ser nuestra justicia. Así que cuando digo que empuñamos la Palabra de Dios, la espada del Espíritu, lo que quiero decir es que nos aferramos a esta verdad Cristocéntrica del evangelio con todas sus promesas y confiamos en ellas en cada situación. Cortamos el sustento del pecado mediante el poder de una promesa superior. O para decirlo de manera más positiva, liberamos la corriente del amor mediante la fe en la gracia venidera. Nos convertimos en personas amorosas al confiar en las promesas de Dios.

Jesús amó de esta manera

La Biblia dice que Jesús soportó la cruz “por el gozo puesto delante de Él” (Heb 12:2). En otras palabras, la confianza de que Dios llevaría a Jesús a través del sufrimiento hacia un gozo eterno con un pueblo redimido y adorador sostuvo el mayor acto de sacrificio amoroso jamás realizado. Así también se sostiene nuestro amor.

Pero existe una diferencia. La disposición de Jesús a hacer lo mismo compró nuestra disposición a soportar los sacrificios del amor “por el gozo puesto delante de [nosotros]”. Su sufrimiento cubre nuestros pecados y nos da la libertad para amar. Nuestro sufrimiento en el camino del amor se basa en el Suyo. Su gozo futuro vino a Él como Su *derecho*. El nuestro llega a nosotros

como una *gracia* comprada con sangre. Su sufrimiento no es solo un modelo; es el fundamento de nuestra esperanza. Su sufrimiento nos salva del pecado y del juicio. Sin embargo, tanto el Suyo como el nuestro se soportan “por el gozo puesto delante de [nosotros]”. Su gozo era un derecho futuro. El nuestro es una gracia venidera.

Por tanto, sin la muerte y resurrección de Jesús (es decir, sin la gracia *pasada*) no podríamos esperar ninguna gracia venidera. La gracia pasada de Dios hacia nosotros en la muerte y resurrección de Jesús compró y garantizó Su gracia venidera para con nosotros. Como hemos visto, Pablo dijo esto en uno de los versículos más grandiosos de la Biblia: “El que no negó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros [gracia pasada], ¿cómo no nos dará también junto con Él todas las cosas [gracia venidera]?” (Ro 8:32). Nota la gloriosa lógica del cielo: *Ya que* Dios no negó a Su Hijo de ningún dolor al salvarnos, *por tanto*, Él no escatimará ningún esfuerzo omnipotente para darnos todo lo que necesitemos para siempre. Una gracia venidera absolutamente segura llegará a quienes confían en Cristo porque Dios la aseguró infaliblemente al no negar a Su Hijo.

Batallamos como vencedores

Los versículos siguientes dicen: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condena? Cristo Jesús es el que murió, sí, más aún, el que resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Ro 8:33-34). Esto significa que, por causa de Cristo, Dios nos ha justificado. En tiempo pasado. Ahora ya somos contados como justos en Cristo. Nadie puede presentar una acusación exitosa contra nosotros. Cristo murió por nosotros y vive

por nosotros. Por tanto, batallamos contra la incredulidad y el pecado como quienes ya tienen la victoria decisiva en Cristo. Ya tenemos nuestra posición en el cielo por la fe en Cristo. Cristo es nuestra justicia. Cristo es nuestra perfección. Buscamos la santidad no porque aún no seamos aceptados por Dios, sino porque sí lo *somos*. Así lo expresa Pablo: “sigo adelante, a fin de poder alcanzar aquello para lo cual también fui alcanzado por Cristo Jesús” (Fil 3:12).

Así que te invito a participar conmigo en la batalla contra la incredulidad en las promesas de Dios. Te invito a pelear la batalla de la fe en la gracia venidera. Y te invito a regocijarte: podemos pelear esta batalla no como si fuera sin importancia, sino sabiendo que importa infinitamente y que Dios está con nosotros hasta el fin.

No te desalientes, porque Yo soy tu Dios.

Te fortaleceré, ciertamente te ayudaré,

Sí, te sostendré con la diestra de Mi justicia (Is 41:10).

*El día en que temo,
Yo en Ti confío.*

SALMO 56:3

*Depositen en Él toda ansiedad, porque Él
cuida de ustedes.*

I PEDRO 5:7 (NVI)

*Por tanto, no se preocupen, diciendo: “¿Qué
comeremos?” o “¿qué beberemos?” o “¿con qué
nos vestiremos?”. Porque los gentiles buscan
ansiosamente todas estas cosas; el Padre celestial
sabe que ustedes necesitan todas estas cosas.*

MATEO 6:31-32

Batalla contra la ansiedad

Un triunfo personal mediante la gracia venidera

Cuando estaba en la secundaria, no podía hablar frente a un grupo. Me ponía tan nervioso que la voz se me cortaba por completo. No era el típico nerviosismo con el que la mayoría de las personas lucha. Era una discapacidad horrible y humillante. Trajo una inmensa ansiedad a mi vida. No podía presentar reportes orales de libros en la escuela. No podía postularme para ningún cargo de liderazgo de mi clase porque habría tenido que dar discursos de campaña. Solo podía dar respuestas muy cortas, de pocas palabras, a las preguntas que los maestros hacían en clase. En la clase de álgebra, me avergonzaba cómo me temblaban las manos al resolver un problema en la pizarra frente a mis compañeros. No podía dirigir los domingos cuando nuestra iglesia les encomendaba el servicio a los jóvenes.

Lloré mucho. Mi madre luchó conmigo en medio de todo esto, apoyándome y animándome. Nos sostuvo la gracia de Dios, aunque el “aguijón” en mi carne no desapareció. Logré llegar a la universidad sin hablar en público de manera significativa. Pero la batalla contra la ansiedad era intensa. Sabía que mi vida estaría increíblemente limitada si no lograba un avance. Y sospechaba que no podría terminar la universidad sin hablar en público. De

hecho, Wheaton College requería una clase de oratoria, y se asomaba ante mí como una horrible barricada de concreto.

En todos estos años, la gracia de Dios me ha llevado a profundizar en Él con desesperación, en lugar de alejarme de Él con enojo. Le doy gracias a Dios por eso, con todo mi corazón. De esa relación madura surgió la sensación de que simplemente tenía que haber un avance.

Una oportunidad crucial se presentó en la clase de español durante mi primer año universitario. Todos teníamos que dar un breve discurso en español frente al resto de la clase. No había forma de evitarlo. Sentía que esta era una situación decisiva. Incluso mientras escribo sobre esto ahora, no puedo reírme. Memorice el discurso por completo para no mirar mis apuntes, y no perderme en mis notas y tener una de esas horribles pausas paralizantes. También hice arreglos para hablar detrás de un gran atril de madera al que pudiera aferrarme para controlar mejor mis temblores. Pero lo principal que hice fue clamar a Dios y aferrarme a Sus promesas de gracia venidera. Incluso ahora se me llenan los ojos de lágrimas al recordar cómo caminaba de un lado a otro en el campus principal de Wheaton, rogándole a Dios por un avance en mi vida.

No recuerdo con mucha claridad esos momentos en los que hablé en español. Solo recuerdo que lo logré. Todos sabían que estaba nervioso. Hubo un terrible silencio, el tipo de silencio que hay cuando las personas sienten pena por ti y no saben cómo responder. Pero no se rieron disimuladamente, como lo habían hecho tantos chicos en años anteriores. Y el maestro fue amable con sus comentarios. Pero lo más abrumador fue que lo superé. Más tarde le expresé mi agradecimiento a Dios bajo el sol de

otoño. Incluso ahora siento una profunda gratitud por la gracia que Dios me dio ese día.

Tal vez el evento más decisivo del avance ocurrió más de un año después. Me quedé en la universidad para la escuela de verano. El capellán Evan Welch me invitó a orar en la capilla de la escuela de verano. Varios cientos de estudiantes y profesores estarían presentes. Mi primera reacción fue rechazar inmediatamente la idea. Pero antes de que pudiera rechazarla, algo me detuvo. Pregunté: “¿Qué tan larga tiene que ser la oración?”. Él respondió que no importaba. Solo me dijo que tenía que ser de corazón.

Ahora bien, esto era algo que ni siquiera había intentado: hablarle a Dios frente a cientos de personas. Me asombré a mí mismo al decir que lo haría. Esta oración, creo yo, demostró ser un punto de inflexión decisivo en mi vida. Por primera vez, le hice una promesa a Dios. Le dije: “Señor, si me ayudas a superar esto sin dejar que se me quiebre la voz, nunca más rechazaré una oportunidad de hablar por Ti debido a la ansiedad”. Eso fue en 1966. El Señor respondió de nuevo con una gracia preciosa y, que yo sepa, he mantenido mi voto.

Hay más en la historia, ya que una gracia venidera se ha derramado sobre otra. No pretendo entender completamente todos los propósitos de Dios en Sus tiempos. No quisiera volver a vivir mis años de escuela secundaria. La ansiedad, la humillación y la vergüenza eran tan comunes que proyectaban una sombra sobre mí todo el tiempo. Cientos de oraciones subieron, y lo que descendió no fue lo que quería en ese momento: la gracia para soportar. Mi interpretación ahora, treinta años después, es que Dios me estaba alejando de la vanidad y la mundanalidad excesivas. Él me llevaba a reflexionar sobre cosas profundas en soledad,

mientras muchos otros se deslizaban despreocupadamente hacia patrones de vida superficiales.

La Biblia que mis padres me regalaron cuando tenía quince años está junto a mí ahora mismo sobre el escritorio. Está muy marcada. La garantía de Mateo 6:32 está subrayada en rojo: “el Padre celestial sabe que ustedes necesitan todas estas cosas”. Ya en esos primeros años de la adolescencia, me esforzaba por vivir por fe en la gracia venidera. Las victorias fueron modestas, al parecer. Pero, ¡oh, cuán fiel y bondadoso ha sido Dios!

Los compañeros de la ansiedad

En las décadas siguientes, he aprendido mucho más sobre la lucha contra la ansiedad. He aprendido, por ejemplo, que la ansiedad es una condición del corazón que da lugar a muchos otros estados mentales pecaminosos. Piensa por un momento cuántas acciones y actitudes pecaminosas diferentes provienen de la ansiedad. La ansiedad por las finanzas puede dar lugar a la codicia, la avaricia, la acumulación y el robo. La ansiedad por tener éxito en alguna tarea puede volverte irritable, brusco y malhumorado. La ansiedad por las relaciones puede hacer que te aísles y te vuelvas indiferente y apático hacia otras personas. La ansiedad por cómo te responderá alguien puede hacer que ocultes la verdad y mientas al respecto. Por tanto, si se pudiera vencer la ansiedad, se daría un golpe mortal a muchos otros pecados.

La raíz de la ansiedad

También he aprendido algo sobre la *raíz* de la ansiedad y el hacha que puede cortarla. Uno de los textos más importantes ha sido el que subrayé cuando tenía quince años: toda la sección de

Mateo 6:25-34. En este pasaje, Jesús dijo cuatro veces que Sus discípulos no deben estar ansiosos:

No se preocupen por su vida (6:25).

¿Quién de ustedes, por ansioso que esté, puede añadir una hora al curso de su vida? (6:27).

No se preocupen, diciendo: “¿Qué comeremos?” (6:31).

No se preocupen por el día de mañana (6:34).

La ansiedad es claramente el tema de este texto. Identifica de forma explícita la raíz de la ansiedad: “Y si Dios así viste la hierba del campo, que hoy es y mañana es echada al horno, ¿no hará Él mucho más por ustedes, hombres de poca *fe*?” (6:30). En otras palabras, Jesús dijo que la raíz de la ansiedad es una *fe* inadecuada en la gracia venidera de nuestro Padre. Cuando la incredulidad gana ventaja en nuestro corazón, uno de los efectos es la ansiedad. La causa fundamental de la ansiedad es la falta de confianza en todo lo que Dios ha prometido ser para nosotros en Jesús.

Puedo pensar en dos tipos de reacciones de personas inquietas ante esta verdad. Déjame decirte cuáles son y luego dar una respuesta bíblica a cada una de ellas antes de que analicemos más de cerca la batalla contra la incredulidad de la ansiedad.

¿Es esto una buena noticia?

Una posible respuesta sería algo así: “¡Esto no es una buena noticia! De hecho, es muy desalentador descubrir que lo que pensaba

que era una simple lucha contra una disposición ansiosa es, más bien, una lucha mucho más profunda sobre si confío en Dios”. Mi respuesta a esto es, primero, estar de acuerdo, pero luego no estar de acuerdo. Supón que has estado teniendo dolor de estómago y has luchado con medicinas y dietas de todo tipo sin ningún resultado. Y luego supón que el médico te dice, después de una visita de rutina, que tienes cáncer en el intestino delgado. ¿Sería esa una buena noticia? ¿Dirías que no enfáticamente! Y yo estaría de acuerdo.

Pero déjame hacer la pregunta de otra manera: supón que el médico descubre el cáncer mientras aún es tratable y que, de hecho, puede tratarse con mucho éxito. ¿Te alegrarías? Dirías que sí; te alegraría mucho que el médico encontrara el verdadero problema. De nuevo, yo estaría de acuerdo. Así que descubrir que tienes cáncer no es una buena noticia. Es una mala noticia. Pero, en otro sentido, es positivo descubrirlo; identificar lo que está mal resulta valioso, en especial cuando el problema puede tratarse con éxito.

Así es enterarse de que el verdadero problema detrás de la ansiedad es la incredulidad en las promesas de la gracia venidera de Dios. En cierto sentido, no es una buena noticia porque la incredulidad es un cáncer muy grave. Pero en otro sentido, sí es una buena noticia, porque saber qué está mal en realidad es bueno, sobre todo porque nuestro Gran Médico puede tratar la incredulidad con mucho éxito. Él es capaz de obrar de maneras maravillosamente sanadoras cuando clamamos: “Creo; ayúdame en mi incredulidad” (Mr 9:24).

Así que quiero enfatizar que descubrir la conexión entre nuestra ansiedad y nuestra incredulidad es, de hecho, una muy buena noticia; es la única manera de enfocar nuestra lucha en

la verdadera causa de nuestro pecado y de obtener la victoria que Dios puede darnos a través de la obra de Su palabra y de Su Espíritu. Cuando Pablo dijo: “Pelea la *buen*a batalla de la fe” (1Ti 6:12), la llamó “buena” porque la batalla se enfoca exactamente en el cáncer correcto: la incredulidad.

¿Cómo puedo estar seguro de mi salvación?

Hay otra posible respuesta a la verdad de que nuestra ansiedad radica en que no vivimos por fe en la gracia venidera. Dice así: “Tengo que lidiar con sentimientos de ansiedad casi todos los días, por lo que siento que mi fe en la gracia de Dios debe ser totalmente inadecuada. Me pregunto si puedo tener alguna seguridad de ser salvo”.

Mi respuesta a esta preocupación es un poco diferente. Supón que estás en una carrera de autos y tu enemigo, que no quiere que termines la carrera, arroja lodo a tu parabrisas. Que pierdas de vista tu meta temporalmente y empieces a desviarte no significa que abandonarás la carrera. Y ciertamente no significa que estás en la pista equivocada. De lo contrario, el enemigo no te habría molestado en absoluto. Lo que significa es que debes encender los limpiaparabrisas y usar el líquido del lavaparabrisas.

Cuando la ansiedad ataca y nubla nuestra visión de la gloria de Dios y la grandeza del futuro que Él ha planeado para nosotros, esto no significa que no tengamos fe o que no llegaremos al cielo. Significa que nuestra fe está bajo ataque. Al primer golpe, nuestra creencia en las promesas de Dios puede tambalearse y desviarse. Pero mantenernos en el camino y llegar a la meta depende de poner en marcha un proceso de resistencia por gracia, es decir, de que luchemos contra la incredulidad que nos provoca

la ansiedad. ¿Encenderemos los limpiaparabrisas y usaremos el líquido del lavaparabrisas?

El Salmo 56:3 dice: “El día en que temo, yo en Ti confío”. Observa que no dice: “Nunca lucho con el temor”. El miedo ataca y la batalla comienza. Así que la Biblia no supone que los verdaderos creyentes no tendrán ansiedades. En cambio, la Biblia nos dice cómo luchar cuando estas atacan. Por ejemplo, 1 Pedro 5:7 dice que eches “toda [tu] ansiedad sobre Él, porque Él tiene cuidado de [ti]”. *No* dice: “Nunca sentirás ansiedades”. Dice que, cuando las tengas, las eches sobre Dios. Cuando el lodo salpica tu parabrisas, y pierdes de vista temporalmente el camino y empiezas a desviarte por la ansiedad, enciende los limpiaparabrisas y rocía el líquido lavaparabrisas.

Así que mi respuesta a la persona que tiene que lidiar con sentimientos de ansiedad todos los días es decirle: “Eso es más o menos normal”. Al menos lo ha sido para mí, desde mi adolescencia. El punto es, ¿cómo los combatimos?

Los dos grandes edificadores de la fe

La respuesta a esa pregunta es que combatimos las ansiedades luchando *contra* la incredulidad y luchando *por* la fe en la gracia venidera. Y la manera en que peleas esta “buena batalla” es meditando en las garantías de Dios sobre la gracia venidera y pidiendo la ayuda de Su Espíritu. Los limpiaparabrisas son las promesas de Dios que limpian el lodo de la incredulidad, y el líquido limpiaparabrisas es la ayuda del Espíritu Santo. La batalla para ser liberados del pecado es “por el *Espíritu*” (Ro 15:16; 2Ts 2:13; ver 1P 1:2) y por “la verdad” (Jn 17:17, 19): la obra del Espíritu y la Palabra de verdad, en especial la verdad fundamental del

evangelio que garantiza todas las promesas de Dios. Estos son los grandes edificadores de la fe.

Sin la obra del Espíritu Santo que suaviza el corazón, los limpiaparabrisas de la Palabra solo raspan sobre los grumos cegadores de la incredulidad. Ambos son necesarios: el Espíritu y la Palabra. Leemos las promesas de Dios y oramos por la ayuda de Su Espíritu. Y a medida que el parabrisas se limpia para que podamos ver el bienestar que Dios ha planeado para nosotros (Jer 29:11), nuestra fe se hace más fuerte y el tambaleo de la ansiedad se desvanece.

Siete promesas de gracia verdadera contra la ansiedad

¿Cómo funciona esto en la práctica? Aquí en Mateo 6, tenemos un ejemplo de ansiedad por la comida y la ropa. Incluso en Estados Unidos, con su extenso sistema de bienestar, la ansiedad por las finanzas y la vivienda puede ser intensa. Pero Jesús dijo que esto surge de una fe inadecuada en la promesa de gracia verdadera que nos hace nuestro Padre: “hombres de *poca fe*” (Mt 6:30). Por eso este párrafo tiene al menos siete promesas que Jesús diseñó para ayudarnos a pelear la buena batalla contra la incredulidad y ser libres de la ansiedad.

Promesa 1

Por eso les digo, no se preocupen por su vida, qué comerán o qué beberán; ni por su cuerpo, qué vestirán. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que la ropa? (Mt 6:25).

Este es un argumento de mayor a menor. Si Dios hace lo mayor, entonces es aún más seguro que haga lo menor. En este versículo, lo mayor es que Dios nos ha dado a cada uno la vida y un cuerpo. Estos son muchísimo más complejos y difíciles de mantener que las meras provisiones físicas. Sin embargo, Dios lo ha hecho todo. Por tanto, con cuánta más facilidad puede Dios proveerte alimento y ropa. Además, pase lo que pase, Dios resucitará tu cuerpo algún día y preservará tu vida para una comunión eterna con Él.

Promesa 2

Miren las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y sin embargo, el Padre celestial las alimenta. ¿No son ustedes de mucho más valor que ellas? (Mt 6:26).

Si Dios está dispuesto y es capaz de alimentar a criaturas tan insignificantes como las aves, las cuales no pueden hacer nada para producir su alimento, como pueden hacerlo los humanos al cultivar, entonces Él ciertamente proveerá lo que necesitas porque vales mucho más que las aves.

Promesa 3

¿Quién de ustedes, por ansioso que esté, puede añadir una hora al curso de su vida? Y por la ropa, ¿por qué se preocupan? (Mt 6:27-28).

Esta es una especie de promesa, la simple promesa de la realidad: la ansiedad no te hará ningún bien. No es el argumento principal, pero a veces simplemente tenemos que ser firmes con nosotros mismos y decir: “Alma, esta preocupación es absolutamente inútil. No solo estás arruinando tu día, sino también el de otras personas. Déjasele a Dios y sigue con tu trabajo”. La ansiedad no logra nada que valga la pena.

Promesa 4

Observen cómo crecen los lirios del campo; no trabajan, ni hilan. Pero les digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si Dios así viste la hierba del campo, que hoy es y mañana es echada al horno, ¿no hará Él mucho más por ustedes, hombres de poca fe? (Mt 6:28-30).

En comparación con las flores del campo, eres una prioridad mucho mayor para Dios porque vivirás para siempre y, por tanto, puedes traerle alabanza eterna a Él. Sin embargo, Dios tiene tal abundancia de energía creativa y cuidado que lo derrama sobre flores que duran solo cuestión de días. Por tanto, Él ciertamente tomará esa misma energía y habilidad creativa y la usará para cuidar a Sus hijos que vivirán para siempre.

Promesa 5

Por tanto, no se preocupen, diciendo: “¿Qué comeremos?” o “¿qué beberemos?” o “¿con qué nos vestiremos?”. Porque los gentiles buscan ansiosamente todas estas cosas; el

Padre celestial sabe que ustedes necesitan todas estas cosas (Mt 6:31-32).

No pienses que Dios ignora tus necesidades. Él las conoce todas. Y Él es tu “Padre celestial”. Él no observa con indiferencia desde la distancia. A Él le importa. Él actuará para suplir tus necesidades en el momento más apropiado.

Promesa 6

Pero busquen primero Su reino y Su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas (Mt 6:33).

Si te entregas a Su causa en el mundo en lugar de preocuparte por tus necesidades materiales privadas, entonces Él se asegurará de que tengas todo lo que necesitas para hacer Su voluntad y darle gloria. Esto es similar a la promesa de Romanos 8:32: “¿cómo no nos dará también [Dios] junto con [Cristo] todas las cosas?”¹

Promesa 7

Por tanto, no se preocupen por el día de mañana; porque el día de mañana se cuidará de sí mismo. Bástenle a cada día sus propios problemas (Mt 6:34).

Dios se asegurará de que no seas probado ningún día más de lo que puedas soportar (1Co 10:13). Él obrará por ti, de modo que “como tus días serán tus fuerzas” (Dt 33:25 RVR77). Ningún día tendrá más problemas de los que puedas soportar, y cada

día tendrá misericordias suficientes para la aflicción de ese día (Lam 3:22-23).

“Mi Dios proveerá a todas sus necesidades”

Pablo aprendió estas lecciones de Jesús y las aplicó a la batalla contra la ansiedad en la iglesia de Filipos. En Filipenses 4:6 dijo: “Por nada estén afanosos; antes bien, en todo, mediante oración y súplica con acción de gracias, sean dadas a conocer sus peticiones delante de Dios”. Y luego, en 4:19, dio la promesa liberadora de la gracia venidera, tal como lo hizo Jesús: “Y mi Dios proveerá a todas sus necesidades, conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”. Si vivimos por fe en esta promesa de gracia venidera, será muy difícil que la ansiedad sobreviva. Las “riquezas en gloria” de Dios son inagotables. Él realmente quiere que no nos preocupemos por nuestro futuro.

Cuando estoy ansioso

Debemos seguir el ejemplo de Jesús y Pablo. Debemos combatir la incredulidad de la ansiedad con las promesas de la gracia venidera. Cuando estoy ansioso por algún proyecto nuevo que implica riesgo o por una reunión difícil, combato la incredulidad con una de las promesas de Dios que más uso: Isaías 41:10. El día que viajé a Alemania para pasar tres años allá, mi padre me llamó a larga distancia y me dio esta promesa por teléfono. Durante tres años, debo habérmela citado a mí mismo quinientas veces para superar periodos de enorme estrés:

No temas, porque Yo estoy contigo;
No te desalientes, porque Yo soy tu Dios.

Te fortaleceré, ciertamente te ayudaré,
Sí, te sostendré con la diestra de Mi justicia.

Cuando el motor de mi mente está en neutro, el zumbido del motor es el sonido de Isaías 41:10.

Cuando me siento ansioso pensando que mi ministerio es inútil y vacío, combato la incredulidad con la promesa de Isaías 55:11:

Así será Mi palabra que sale de Mi boca,
No volverá a Mí vacía
Sin haber realizado lo que deseo,
Y logrado el propósito para el cual la envié.

Cuando estoy ansioso pensando que soy demasiado débil para hacer mi trabajo, combato la incredulidad con la promesa de Cristo: “Te basta Mi gracia, pues Mi poder se perfecciona en la debilidad” (2Co 12:9).

Cuando estoy ansioso por las decisiones que debo tomar sobre el futuro, combato la incredulidad con la promesa:

Yo te haré saber y te enseñaré el camino en que
debes andar;
Te aconsejaré con Mis ojos puestos en ti (Sal 32:8).

Cuando estoy ansioso al enfrentar oponentes, combato la incredulidad con la promesa: “Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros?” (Ro 8:31).

Cuando estoy ansioso por el bienestar de los que amo, combato la incredulidad con la promesa de que si yo, siendo malo,

sé dar “buenas dádivas a [mis] hijos, ¿cuánto más [mi] Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden?” (Mt 7:11). Y lucho por mantener mi equilibrio espiritual recordando que todo aquel “que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos o tierras por causa de [Cristo... recibirá] cien veces más ahora en este tiempo: casas, y hermanos, y hermanas, y madres, e hijos, y tierras junto con persecuciones; y en el siglo venidero, la vida eterna” (Mr 10:29-30).

Cuando estoy ansioso por mi salud, combato la incredulidad con la promesa:

Muchas son las aflicciones del justo,
Pero de todas ellas lo libra el SEÑOR (Sal 34:19).

Y tomo esta promesa con temblor: “la tribulación produce paciencia; y la paciencia, carácter probado; y el carácter probado, esperanza. Y la esperanza no desilusiona, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado” (Ro 5:3-5).

Cuando estoy ansioso porque estoy envejeciendo, combato la incredulidad con la promesa:

Aun hasta su vejez, Yo seré el mismo,
Y hasta sus años avanzados, Yo los sostendré.
Yo lo he hecho, y Yo los cargaré;
Yo los sostendré, y Yo los libraré (Is 46:4).

Cuando estoy ansioso al pensar que moriré, combato la incredulidad con la promesa de que “ninguno de nosotros vive para sí mismo, y ninguno muere para sí mismo. Pues si vivimos,

para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos. Por tanto, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. Porque para esto Cristo murió y resucitó, para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos” (Ro 14:7-9).

Cuando estoy ansioso al considerar que podría naufragar en mi fe y apartarme de Dios, combato la incredulidad con las promesas: “el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús” (Fil 1:6) y: “Él también es poderoso para salvar para siempre a los que por medio de Él se acercan a Dios, puesto que vive perpetuamente para interceder por ellos” (Heb 7:25).

Esta es la forma de vida que todavía estoy aprendiendo mientras concluyo mi octava década de vida. Escribo este libro con la esperanza y la oración de que te unas a mí: no hagamos la guerra contra otras personas, sino contra nuestra propia incredulidad. Esta es la raíz de la ansiedad, que, a su vez, es la raíz de tantos otros pecados. Así que encendamos nuestros limpiaparabrisas, usemos el líquido limpiador y mantengamos nuestros ojos fijos en las preciosas y grandísimas promesas de Dios. Toma la Biblia, pídele ayuda al Espíritu Santo, atesora las promesas en tu corazón y pelea la buena batalla para *vivir por fe en la gracia venidera*.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Batalla contra la incredulidad*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!